

# EJEMPLOS VIVOS DE LA CASA TORRE MURCIANA EN MOLINA DE SEGURA: TORRE ANITA, CASA DEL CANÓNIGO Y OTRAS

**Santiago Pastor Palazón**

Topógrafo, investigador y miembro del Centro de Estudios Molinenses

**Resumen:** La presencia de las casas torre murcianas, residencia mixta residencial-agropecuaria, se ve influida en los siglos XIX y XX por la irrupción del Modernismo, que finalmente las impregnaría para siempre de sus inconfundibles trazos arquitectónicos. En Molina de Segura existieron y subsisten buenos ejemplos de esta bonita forma de construir, a caballo entre dos centurias, pero con influencias autóctonas en cada territorio.

**Palabras clave:** construcción modernista; Molina de Segura; edificaciones de interés; casa torre; patrimonio arquitectónico; Región de Murcia.

**Abstract:** The presence of Murcian tower-houses, mixed residential-agricultural residences, is influenced in the 19th and 20th centuries by the emergence of modernism, which would finally impregnate them forever with its unmistakable architectural features. In Molina de Segura there were and still survive good examples of this beautiful way of building, halfway between two centuries, but with autochthonous influences in each territory.

**Keywords:** modernist construction; Molina de Segura; buildings of interest; tower house; architectural heritage; Murcia region.

A menudo, la arquitectura refleja por sí sola la historia de la humanidad, su errática trayectoria, sus preferencias y gustos, sus anhelos, sus pasiones y hasta sus luchas de poder, además de plasmar involuntariamente la vida y costumbres de una sociedad, tan volcada desde sus orígenes en aparentar, ya sea lo que se es, o lo que no se es. Un edificio es, en síntesis, la expresión material de una o varias personas, incluso si su diseño expresamente quiere ser imparcial.

La corriente del modernismo, que se inicia a finales del siglo XIX y se extiende buena parte del XX, es un flujo transversal de casi todos los órdenes de la época. Es en las artes donde llega a su máxima expresión, pues es donde la imaginación se vuelve libre agravada por la inspiración del autor. Y dentro de las artes, aparte de en la literatura, es en la arquitectura donde más reconocemos los trazos del modernismo, bien por su grandiosidad, bien por su magnitud, o bien por su gran originalidad, esa que rompió unos moldes imaginarios hasta entonces establecidos.

Se trata de un estilo que ha quedado marcado para siempre como el que enarbola la bandera del romanticismo, y a la vez de lo místico y lo inexplicable. La gran mayoría de las casas que sirven de escenario para el cine de suspense, de terror y de la novela negra, tienen como protagonista vastos palacetes modernistas, en el caso que nos ocupa, excelentes casas torre murcianas, quizá la adaptación territorial de nuestra riqueza etnográfica y social.

Las casas torre de la huerta de Murcia, vinculadas originalmente a las labores agropecuarias de sus alrededores, y con un innegable olor a fuerte defensivo, comienzan a generalizarse en el levante español en el siglo XVIII. Pero se adentran en el tiempo de la alta Edad Media, cuando estos grandes edificios son precedidos de fortalezas secundarias, al estilo de la Torre de los Moros de Alguazas, situada a escasos metros de la fortaleza islámica de Mulinat at Sikka, hoy Molina de Segura. Son en verdad inmuebles que combinan en muchos casos, el uso militar con el agropecuario y el residencial, grandes viviendas solariegas y señoriales, mandadas levantar por importantes personajes de la nobleza, el clero o la aristocracia política y económica de cada centuria. Son una forma de expresión social en sí, pues denotan aires de grandeza, opulencia frente a las infinitas llanuras huertanas, y quizá un cierto aire de caciquismo o colonialismo territorial. De ello se encargan los escudos heráldicos dispuestos normalmente en sus fachadas.

Los actuales y anhelados chalés, fueron antaño las casas torre, verdaderos estandartes de dominio cultural y económico habitados, y muchas veces sólo regentados, por ilustres personas venidas a más, ya sea económica o intelectualmente. También denotan una importante dualidad predominante en la huerta levantina, la agricultura y la residencia, ya fuere sedentaria, estacional o meramente veraniega, con el diseño de las cámaras en altura, para almacén de los productos agrarios. Son casas-granja, o cortijos agro-residenciales, y suelen tener dos o tres alturas con planta cuadrangular, y dominadas por una torre también cuadrangular de otra altura más, donde en ocasiones se disponen relojes, campanas o escudos nobiliarios.

Con la llegada del modernismo, las casas torre se impregnan para siempre de la nueva corriente artística, hasta el punto de que hoy día se identifican plenamente con ella en gran parte de estas edificaciones, pese a ser de origen anterior.

Molina de Segura no se halla entre las localidades con mayor presencia de construcciones modernistas de la región, básicamente porque su explosión económica comienza, precisamente, cuando se estaban dando los últimos coletazos de la corriente artística, los años 30, 40 y 50. Por lo tanto, la creación de riqueza y la disposición de capital es algo posterior a su culminación, y son las décadas de los 50 y 60, en las que predomina la gran actividad constructiva, inmobiliaria e industrial, con cotas registradas al nivel de una capital de provincia. Pero sí que guarda interesantes vestigios en este sentido, producto de su pasado y presente agrario, y de su rica historia. Son edificios de innegable belleza y obligada curiosidad por parte del espectador que los encuentra, normalmente, fruto del azar.

De entre todas las construcciones que fueron levantadas entre finales del XIX y mediados del XX en la villa de Molina de Segura y su jurisdicción, han quedado erguidas y con la suficiente importancia dos de ellas; la Casa del Canónigo y Torre Anita. El resto han sido tragadas por la tremenda espiral mediático-constructiva acaecida en Molina durante el siglo XX, con uno de los índices demográficos proporcionalmente más elevados del país, provocado por las 97 industrias

conserveras que llega a tener el municipio. Otros inmuebles no tuvieron la suerte de sobrevivir para contarnos su pequeña historia, dada la inexistencia de leyes para su protección artística, y habida cuenta de la imponente demanda de vivienda que conlleva, a mitad del siglo XX, la llegada de 10.000 forasteros buscando alojamiento para su temporalidad conservera. Ya fueren modernistas o con claras reminiscencias suyas, existió el Mercado de Abastos municipal inaugurado en 1957, y decenas de viviendas particulares como las dos casas torre gemelas edificadas por Conservas La Molinera en el Paseo Rosales, también diseñado e inaugurado en los últimos tiempos del modernismo, en 1940. Incluso se baraja la posibilidad histórica de que la cercana pedanía de Torrealta deba su nombre precisamente a la temprana existencia de una de estas casas torre en su huerta.

### **La casa del Canónigo**

En la fértil vega huertana de Molina de Segura, entre los parajes de la Huerta de Arriba y el Hondón, se concede licencia el 17 de octubre de 1915, año anterior al cambio de denominación del municipio, anteriormente sin su «apellido», para la construcción de la Casa del Canónigo, luego conocida como Casa del Obispo, debido a la elevación del cargo de su propietario. Se cuenta que en su lugar hubo una gran barraca huertana, dada la altura de sus exuberantes palmeras.

En un acta del Ayuntamiento de Molina de Segura del año 1915, siendo alcalde Antonio Vicente Bernal, dice literalmente:

A propuesta del señor Alcalde presidente, y en vista de las reclamaciones de los propietarios colindantes, se acuerda que la Comisión de policía urbana y rural se persone en la casa que están construyendo en la huerta, pago del 2º Arbellón, los herederos de Don Manuel Mérida, e informe lo que de cierto haya acerca de haber invadido con las obras el camino vecinal de la Huerta de Abajo; y que en el interior se emprendan dichas obras, a los efectos que procedan.

Es Jesús Mérida, religioso oriundo de Cieza, sacerdote de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Cieza, y canónigo de la catedral de Murcia, quien manda diseñar y levantar este edificio civil monumental en plena huerta molinense, a escasos 800 metros del Río Segura, a 100 metros debajo de la Acequia Mayor de Molina, y a 400 metros de la Subirana. El paraje donde se asienta es conocido como los Partidores, que el molino harinero de Olayo hace bifurcar en el Partidor de Arriba a la derecha, y el Partidor de Abajo a la izquierda, vecinos rivales por calidad y belleza. También se halla a 650 metros de la actual carretera Nacional 301, antes Carril de Castilla, y a 750 de la carretera de Alguazas a Molina. Además, en tres lustros discurriría a 300 metros la línea férrea de Murcia-Caravaca. La ubicación de la parcela está tan bien situada como tranquila es su habitabilidad, un lugar estratégico junto a Molina y muy cerca de Murcia, pero ampliamente retirado de

ambas ciudades. El emplazamiento está suficientemente cerca de su pueblo y de la capital como para vivir independiente y aislado a la misma vez.

Tras recibir su herencia familiar paterna, Jesús construye en este paraje de ideal belleza, cuna de la inteligente y pragmática civilización islámica, su sueño anhelado; una casa torre murciana digna de cualquier aristócrata, pero más despampanante si cabe por haberse ubicado en tan sereno y llano lugar, a las orillas del Segura, rompiendo la uniformidad geográfica. No en vano, y según el Cronista Oficial de Molina de Segura, Antonio de los Reyes García, la huerta molinense sería la primera en desarrollar por los árabes, a su venida a la cuenca del Río Segura, Guadalabiad o Thader, durante los primeros años de la dominación musulmana, transformando unas tierras yermas y semi pantanosas, en un inimaginable vergel de gran hermosura. De hecho, es en el año 713, transcurridos sólo dos años de la entrada del islam a la península, cuando se establecen en las tierras de Mulinat at Sikka o Molina de la Calzada, denominación razonada por estar esta cruzada por tres calzadas romanas. Hasta su lengua autóctona ha venido respetando hermosas palabras originarias del árabe, nunca escritas, sino transmitidas oralmente de generación en generación, como *charate* que, significando saltamontes, en lengua islámica se expresa como *shariat*.

El canónigo vio en ese inmueble, corazón de su fecunda huerta, un potencial remanso de paz para desarrollar sus escasos momentos de ocio e íntima oración, vislumbrándolo como el jardín de su paraíso personal, pingüe en frutos y cosechas. Allí ordenó plantar variados árboles frutales que le animaran sus cotidianas veladas; albaricoqueros, ciruelos o melocotoneros que le hacían olvidar el mundanal ruido de la capital y el fervoroso bullicio de los feligreses. También preparó una zona de labradío para sembrar sus propias hortalizas, aprovechando la excusa para ejercitar el cuerpo con sano esfuerzo físico, pues la mente es la que más había cultivado en su vida. Este empeño hizo de sus tierras unas de las más envidiadas del lugar, con cuidados vegetales a la altura de todo un especialista agrario.

La Casa del Canónigo es una vivienda de recreo dentro de una finca de cuidados frutales, dotada con un camino bordeado a modo de entrada, flanqueado de elegantes palmeras datileras. En el edificio destaca *a priori* su bonito torreón lateral con reloj y campana a la derecha de la fachada principal, junto a sus diez ventanales, su terraza elevada delantera y su gran puerta principal. El segundo piso del cuerpo de la casa se rodea de estrechos pero múltiples ventanales de medio punto alimentadores de gran luminosidad, una decena en cada alzado lateral. Todas las fachadas son de impoluto color blanco, a juego con su carpintería de madera ocre para puertas y ventanas. La puerta principal está fabricada en madera y enmarcada por una pareja de columnas laterales estriadas. Remata su fachada principal un escudo de armas (Figura 1).

La condición de inmueble modernista brinda a la edificación un aire romántico, impreso de los valores de esta corriente: exaltación de la naturaleza, intimismo, oposición a lo vulgar, evasión intencionada de la realidad existente, realce de lo

exótico y uso de materiales novedosos. Se reafirma como un castillo agrario, un palacete acogedor, seguro oasis de descanso en un desierto de huerta milenaria, primera islámica de su cuenca. No concuerda con su entorno, ya que le anteceden multitud de huertos familiares de gran llanura y mediana extensión, entonces desprovistos de cultivos leñosos, aparte de alguna morera u olmo para dar sombra y alimento a los gusanos de la seda. Estaba la edificación a medio camino entre los dos núcleos urbanos más cercanos; a kilómetro y medio de la villa de Molina, entonces con unos 5.000 habitantes, aunque su término llegara casi a los 10.000; y a la misma distancia de la pedanía de Llano de Molina, entonces de escasa entidad por ser la más moderna del municipio, creada como colonia agraria a finales del XIX.



Figura 1. Panorámica de la Casa del Canónigo con la huerta de Molina al fondo. Fuente, CARM.

Sus abundantes y grandes ventanales proporcionan a sus estancias interiores una enorme claridad. Tras variadas transmisiones de propiedad durante el último siglo, es el artista y pintor Jorge Fin (Madrid, 1963) quien ha elegido este precioso palacete huertano para afincarse en Murcia en la actualidad, dadas sus especiales condiciones para ejercer su oficio estableciendo su estudio artístico. El autor habita la casa torre de la huerta molinense, extraña residencia casi de película, quizá surgida de delirantes sueños del arquitecto y del promotor del proyecto.

La casa cuenta con un escudo nobiliario labrado en piedra arenisca haciendo esquina entre dos de sus paramentos verticales exteriores, de 58 por 54 centímetros, y que procede del siglo XVIII, anterior a la construcción de la vivienda. Según el heraldista Domingo Beltrán Corbalán es un «escudo cuartelado, 1º, un radiante y en jefe dos flores de lis; 2º, un castillo mazonado; 3º, cuatro fajas; 4º, siete bezantes o siete roeles; seis puestos en dos palos y uno en punta; bordura con ocho sotueres».

Resulta curioso la cantidad de ventanas que porta la fachada de la Casa del Canónigo, seguramente para no desperdiciar ni un rayo de sol, de este lorenzo radiante que nos bendice a diario en esta tierra tan dependiente de él. Según Carmen Sabater Rex (2009), su acceso desde el Camino de la Huerta de Abajo

contaba antaño con un pasillo central empedrado adornado de rojas tinajas de barro murcianas, escoltadas a su vez por esbeltas palmeras datileras, cerrándose el recinto con estilizados cipreses a modo de valla natural. Por el contrario, su interior resultaba más confortable y luminoso que lujoso, era sencillo, pero armoniosamente coordinado. Se abría un gran salón dotado de una chimenea de leña flanqueada de hermosos sillones grises, y una mesa de comedor y sillas tallado todo con flores de lis, rematadas sus patas con columnas salomónicas. Había un bonito filtro de agua de cerámica de Manises decorado con animales mitológicos, un exquisito y reluciente brasero de cobre y unas mecedoras con rejilla de bambú cubano coronadas por pulcros paños de encaje (Figura 2).



Figura 2. Explicación de la Casa del Canónigo.

La cocina se hallaba al fondo y a la izquierda del pasillo central, y estaba dotada de dos bancadas de pino y un fogón de leña. Se completaba el mobiliario con una espléndida alacena de madera repleta de extraordinarias vajillas decoradas a mano, y unos lebrillos colorados y sus muebles de reposo. Casi todas las estancias estaban revestidas de azulejería huertana. Frente a la cocina daban dos puertas de paso; una, que daba lugar a una íntima sala de estar o una especie de dormitorio ocasional y, la otra, a una salita de costura con una coqueta cama turca.

Al fondo se encontraba la puerta que daba al corral, con un cortinón protector de los incómodos y abundantes insectos huertanos. El canónigo enjaezó tan exquisitamente la casa torre, que hasta mandó equipar el torreón como oratorio de preciosas líneas donde estableció sus cotidianas oraciones, instalando hasta una campana que daba al exterior, y que avisaba de la misa dominical que éste ofrecía a los huertanos cercanos durante sus periodos vacacionales.

Pero tanto esfuerzo y tan sana ilusión le iba a durar poco al religioso, pues una buena nueva, en principio positiva, se tornó para él en amarga noticia, al recibir

aviso de su católico ascenso en 1943. Por fin sería obispo, pero en este caso en la ciudad leonesa de Astorga, a 700 kilómetros de su ansiado pozo de descanso y serenidad. Su espejismo de huertano equilibrado en mente y cuerpo apoyado en su huerto se hizo añicos, y tuvo que partir hasta tierras castellanas, cuna del cristianismo peninsular, para ocupar quehaceres propios ya de un gran obispo de Astorga-León. Nunca hubiera imaginado que tanta planificación e ilusión terrenal se fuera a truncar por una decisión del Altísimo, y tampoco estaba seguro de que alguna vez fuera a volver.

A su entero pesar, transcurridos años desde su nuevo puesto, e intuyendo que quizá nunca volvería a su vergel particular, tuvo que poner a la venta el inmueble con gran tristeza, ante la negativa de sus familiares a adquirirlo y ante la certeza de lo que espera a las casas cerradas. Sus compañeros le aconsejan que la arrende a persona de confianza, dada la valía del mobiliario que seguía conservando en su interior. Así podría recuperarla en caso de volver a tierras murcianas, incluso el Obispado estudió la idea de convertir aquella magnífica casa torre murciana en lugar de la Iglesia, dado que contaba con su pertinente capilla, cosa que con los años se hubo de descartar.

Los ecos del tiempo fueron pasando, y con ellos los inquilinos, los administradores y los propietarios en aquel místico lugar, unos con mejor dedicación a ella que otros, pero todos enamorados de tan magno vergel, hasta que Don Jesús falleció sin ver cumplido su deseo de regresar a su oasis de paz, cosa que, a la postre, solamente le facilitó Dios, aunque fuese al remanso eterno. El azar siempre es caprichoso, y le regaló 41 años de vida con la Casa del Canónigo a su disposición, aunque algunos menos pudo disfrutarla él, sólo 28 sin las obligaciones de ser obispo. En la primavera del año 1956, justo cuando su edén particular mostraba su mayor belleza, Jesús Mérida muere en tierras astorganas, recién llegado de los sagrados lugares de Palestina y de la ciudad santa por antonomasia: Roma. Curiosamente, hoy Astorga alberga la misma población que Molina tenía cuando se construyó la Casa del Canónigo.

### **Torre Anita**

En la sesión ordinaria del pleno del 30 de septiembre de 1941, presidiendo el Ayuntamiento de Molina de Segura Ramón Gil Moreno, se da cuenta de la concesión de la licencia de obras para construir una casa en la calle Padilla, hoy Sepulcro, a José Antonio Espallardo García. Con menos de 20 años, José Antonio Espallardo había iniciado su negocio de conservas procedente del negocio pimentonero. En el Archivo municipal de Molina consta expediente abierto el 1 de enero de 1927, a petición suya, para la instalación de una fábrica de conservas de frutas con capacidad para 5.000 cajas de pulpa de albaricoque y otras 5.000 de tomate, lo que equivale a una capacidad productiva propuesta de medio millón de kilos anuales.

José Antonio enlaza el 25 de abril de 1942 con Ana Jorquera García, nueve años menor que él, la cual procede de una familia terrateniente cuyo padre posee una

gran finca rústica. Ésta se halla en la pedanía alhameña de El Cañarico, plantada de naranjos y limoneros, y dotada de pozo propio de aguas subterráneas, casero, y el cortijo Villa Jorquera. Sus abuelos habían sido minero y alcalde de Mazarrón. La edificación de la casa torre Torre Anita es el producto de un juramento de amor, cuando le promete a su amada Anita Jorquera la construcción de ese palacete de estilo murciano que ella tanto deseaba (Figura 3).



Figura 3. Torre Anita en pleno casco histórico de Molina de Segura, casa de conservero.

Existen indicios de que alternara la fabricación agroindustrial con la sede de la futura Torre Anita, en el llamado Huerto Paraíso o Torre Paraíso, cuyos terrenos le fueron vendidos por Virtudes, una hija de Vicente Peñaranda, Charrete, alcalde republicano de Molina entre 1937 y 1942. José Antonio Espallardo se erige como uno de los emprendedores agroalimentarios murcianos más activos e imaginativos a la par que olvidados, reuniendo varias características únicas entre todos los conserveros de la provincia. Una de ellas es su buen gusto arquitectónico, siendo de los pocos que encarga su residencia a un técnico famoso, el célebre arquitecto murciano Pedro Cerdán Martínez, muy reconocido en su tiempo por crear obras como el Mercado Público y la Casa del Piñón de La Unión, o el edificio de la Convalecencia de Murcia. También realizaría el proyecto de un matadero en Molina de Segura en 1920, y a la fecha del encargo del industrial, Cerdán ya se halla jubilado, aunque accede a realizarlo. Cuando José Antonio cuenta con apenas 30 años de edad sobre el año 1941, encarga el edificio que iba a servir para su vivienda habitual, bautizada como Torre Anita en honor a su amada esposa, terminada en 1944. La ejecución de albañilería fue a cargo de Jesús Pacheco Sánchez de Alcantarilla, un conocido maestro de obras, genial levantador de chimeneas cerámicas.

Se trata de una obra en cuatro alturas de tipo ecléctico y modernista, formando conjunto con sus jardines, dotados de altas palmeras datileras entre otros árboles y demás vegetación, todo ello cerrado por una valla perimetral a base de hierro



forjado artesanal. Los generosos aleros de los tejados del casón están rematados por azulejos policromados, aparte de los adornos en ladrillo visto que adornan sus paredes exteriores. De igual modo, son destacables dos relojes de sol dispuestos en sus parámetros exteriores, uno tallado en mármol sobre la terraza del primer piso y otro en la planta baja realizado sobre un azulejo policromado. Como elementos metálicos más destacables se encuentra una veleta en hierro forjado que representa a un águila con las alas extendidas, y varios farolillos de latón que adornan la fachada exterior repartidos por sus esquinas (Figura 4).



Figura 4. Explicación de Torre Anita.

Su interior se divide en cuatro niveles altimétrico. En la planta baja destacan varios cuartos en los que se hallan tres interesantes pinturas murales obra de Luis Garay, cubriendo paredes a modo de ventanas con la representación de flores y jarras con motivos florales. Todos los suelos están realizados a base de interesante losa hidráulica portante de distintos dibujos geométricos y ajedrezados. Completa la planta baja un salón principal que alberga otra pintura del mismo autor, un gran lienzo dividido en varias partes y dibujado en la bóveda, que representa figuras femeninas. La escalera de subida a las demás plantas de la casa está fabricada con rejería artesana forjada coronada con un pasamanos de madera y un remate con apariencia animal. Ya en el primer piso se disponen todos los dormitorios familiares, cuya más interesante dependencia es la de matrimonio. Allí destaca su bonito mobiliario de estilo modernista procedente de los primeros años de 1900. El elemento más singular del conjunto es su torre cuadrangular, con cubierta a cuatro aguas, dotada de cuatro parejas de pequeños ventanales, un para en cada lado, con cierre superior a modo de arco de medio punto

Hoy día Torre Anita es quizá la casa más conocida del municipio, y representa el poder económico de una saga corriente venida a más por su esfuerzo laboral y sacrificio familiar. Supone un símil del emprendimiento de Molina que, forjada así

misma, consigue implantar un enorme desarrollo económico y social empujado por una gran mayoría de su población autóctona. Es el más claro ejemplo del sueño americano, pero desarrollado en versión molinense, donde cualquier persona podía rehacer su vida, comenzarla de cero o simplemente iniciarla en un municipio ampliamente acogedor, donde nadie ha sido nunca extraño, y en donde la hospitalidad viene dada de generación en generación ya desde la baja Edad Media, cuando es repoblada por castellanos y aragoneses. Actualmente, la mitad de la población local tiene su origen fuera de la localidad, habiendo acudido a ella por motivos laborales, residenciales o circunstanciales.

### **Torre Lola**

En un encuadre muy concreto, entre la vía férrea de Cartagena a Chinchilla, la carretera de Llano de Molina a Lorquí, la acequia Mayor de Molina y la casa museo de Carlos Soriano, se halla una casa torre anexa a ésta última. Su estado de conservación es deficiente y no cuenta con pintura alguna en las fachadas de que dispone, albergando cubierta a tres aguas. Tiene tres alturas, contando con una tercera a modo de torre o palomar con la mitad de extensión que las otras dos. Cuenta con 18 aberturas en sus muros exteriores, de los que 5 son puertas, 4 balcones y el resto ventanales. Incluye además una serie de 12 pequeños huecos en la torre superior, con forma de rombo horizontal, que ventilan el palomar. En la zona que da a Lorquí y a la vía férrea, o cara norte, tiene una terraza en su segunda planta, que avista la huerta ilorcitana y el paraje molinense de El Hondón. De este edificio no se ha podido recopilar demasiada información, por lo que quedarán pendientes próximas investigaciones (Figura 5).



Figura 5. Torre Lola en Llano de Molina.

## Torre de Montijo

Otra de las casas solariegas más conocidas de Molina es la llamada Torre de Montijo, que da nombre al paraje que limita con la carretera antigua de Madrid a Cartagena, hasta la acequia Subirana al sur. Fue levantada por personajes ilustres de rancio abolengo, siempre constantes en el amillaramiento municipal como una de las mayores sagas terratenientes. Esta casa encierra una historia muy sugerente y curiosa, y que ha pasado desapercibida durante siglos, sólo conocida por la familia más íntima, que versa sobre una de las propietarias más recientes del casón (Figura 6).



Figura 6. Torre de Montijo en la huerta molinense, fundada por José Tomás Montijo en el siglo XVIII.

José Antonio Oliva Conesa, natural de la pedanía de Ribera de Molina, trabajaba para una familia noble de Madrid, la saga de los Portillo, que ostentaban el título de *Caballeros descubiertos ante el Rey*. En el inventario de 1851, ya aparecen dos de sus miembros como mayores terratenientes locales: Joaquín y Pedro Ignacio Portillo. Oliva era administrador de la vasta herencia inmobiliaria de la noble familia, sobre todo múltiples fincas de regadío en la huerta molinense y algunas de secano, además de otras casas. Una de las hermanas Portillo, que residía en Madrid, se separó de su esposo, y ante tal vergüenza para la época, vino a vivir a Molina, quedando finalmente como única heredera de la familia en cuanto a tierras molinenses. Entonces conoció a José Antonio Oliva, con el que entabla una amistad de unos veinte años, pero ella enferma al poco tiempo, sobre el año 1910, y dura una década más con una patología precisa de muchos cuidados, los que él atiende.

Tan estrecha relación los convierte finalmente en amantes dado que, para aquel tiempo, era imposible aceptar socialmente una relación entre una noble y un obrero, teniendo en cuenta el posible escarnio. Cuando fallece ella, toda la herencia es dejada a su amado quien, años después, se casaría con una tal Ángela, cuarenta años menor que él, que dejaría otra impronta imborrable en toda la villa. Ángela gestiona la gran fortuna familiar, y la engrandece construyendo entre otras cosas un motor de riego por impulsión, que todavía hoy se halla activo con su nombre. El motor de Ángela es uno de los escasos ejemplos de arquitectura agraria que lleva nombre de mujer en toda la región murciana.

La casa no deja de ser una construcción rural de atobas de corte centenario, pero su emplazamiento, su historia y su popularidad la hacen ser parte de la idiosincrasia molinense y parte íntegra de su huerta milenaria. En su escritura de 1896, aunque el edificio es bastante anterior, puede leerse: «Una casa principal compuesta de dos

*cuerpos y altos correspondientes, con varias habitaciones, fabricada de tierra con costra de cal y enlucida de yeso por dentro y fuera, con cubierta de teja, que mide ciento cuarenta metros de superficie...».*

Se trata de una edificación en dos alturas, con cubierta a dos aguas, gruesos muros de atoba recubierta de cal, dos portones de entrada y media docena de ventanales, además de un porche dando a la pequeña replaceta privada que da a mediodía. En su fachada luce su gran tesoro, uno de los escasos escudos heráldicos que se han conservado en el municipio, labrado en piedra noble y testigo mudo de la trayectoria de la casa, del lugar, y de las gentes que lo habitaron (Figura 7).

El inmueble ostenta un escudo heráldico labrado en piedra arenisca, situado en la fachada exterior, encima de la puerta principal pero en la segunda planta, de 55 por 45 centímetros, y que pertenece a la familia Portillo, de mediados del siglo XVIII. Se trata de una saga de ricos propietarios inmobiliarios locales desde la Alta Edad Media, y que en 1851 ya aparecen integrando la lista de los mayores terratenientes del término, a nombre de Joaquín Portillo. Según el heraldista Domingo Beltrán Corbalán (1997) contiene: «Una torre donjonada y enarbolada en lo alto de unas peñas que surgen de ondas de agua, acostada de dos cipreses y con un lebrél atado a la puerta por una cadena; bordura de siete cruces flordelisadas».



Figura7. Escudo heráldico de Torre Montijo.

### **Estafeta de Correos**

En el año 1904, el alcalde de Molina Antonio López Riquelme solicita la concesión de una administración de correos y servicio telegráfico, que finalmente se inauguraría en 1909. El 7 de enero de 1912, se pide una estafeta propia de correos, solicitud que también es atendida e inaugurada en 1914, a cargo de José Ruíz Dólera. Desde su fundación, el servicio de recogida de correspondencia se realiza en la cercana estación de Lorquí, junto a la actual área empresarial La Serreta Oeste, pero en 1915, cuando se construye la carretera de Alguazas y el puente sobre el río Segura, pasa a ser recogida en la estación de Alguazas-Molina, a escaso kilómetro y medio del centro de la villa molinense. Independientemente también se realiza correspondencia desde Murcia capital por coche y desde la estación de ferrocarril de Molina en la línea férrea Murcia-Caravaca.

La ubicación inicial es en la calle Mayor frente a las Escuela Graduadas Zabálburu, siendo trasladada después al sur de la misma vía en la acera de enfrente, apenas a

unos metros de distancia, casa que finalmente adquiriría el conservero Juan Antonio López Moreno, y que todavía hoy conserva su familia en el número 32.

Pero es en el siguiente traslado cuando se decide levantar una casa torre al estilo murciano, eligiendo entonces un solar más al sur a tan sólo cinco números más de la ubicación existente, concretamente al número actual 40 de la calle Mayor. El nene de la ventera, como era conocido este industrial, figura asentado en el padrón de habitantes en ese domicilio ya en 1935, con lo que el traslado de la estafeta debió ser entre 1930 y 1935. Pero como a Juan Antonio le toca la lotería nacional en 1929, y a causa de ello adquiere varios inmuebles, entre ellos su industria conservera de la calle Estación, la casa que ocupaba la estafeta debió haber sido transmitida sobre 1930 o 1931 (Figura 8).

La estructura de la casa es edificación aislada con separación a sus cuatro linderos, de sección cuadrangular con las cuatro aristas redondeadas, y se divide en tres alturas, las dos primeras de igual superficie, y la tercera dentro de una terraza transitable donde se aloja una especie de barraca. La edificación se protege por un vallado perimetral con muros de piedra, pilares de ladrillo cerámico y verjas de forja artesanal.



Figura 8. Antigua Estafeta de Correos de Calle Mayor. Fuente, Ayto. de Molina.

A la fachada dan cinco grandes ventanales con persianas enrollables de madera, y barandillas de forja las tres superiores, además de una puerta principal para la entrada de los usuarios. La ventana central superior alberga un balcón. La cota de la vivienda se halla a unos 5 escalones más que el piso de la calle Mayor. La tercera planta posee aproximadamente la mitad de superficie edificada que las dos inferiores, y su casetón de escalera retranqueado se remata con un bloque a dos aguas que recuerda a las antiguas barracas de la huerta, pero cubiertas de teja plana cerámica tipo alicantina. El resto del área es una terraza abierta que da a los cuatro linderos de la parcela, con un semi alero dotado de barandilla de forja artesanal. Las fachadas cuentan con varias bajantes de plomo para la recogida de aguas pluviales.

En 2007, Correos traslada sus oficinas centrales desde el Paseo Rosales hasta la Avenida de la Industria, donde existen actualmente.

### **Chalet del Nene de la Molinera**

En el Paseo Rosales de la ciudad existían dos chalés a modo de casa torre aislados entre sí, pero anexos entre ellos, que lindaban también a la Plaza Adolfo Suárez, o antigua del Pensionista, y a la calle del mismo nombre. Las dos viviendas, de

grandes dimensiones, fueron ordenadas levantar por la saga de ilustres conserveros Hernández Pérez, dueños de Conservas La Molinera.

El hijo mayor, José, se casa con Carmen Rex Ramón, la hija del vecino y gran empresario Pedro Rex, con la que tiene una prolífica descendencia de 12 hijos: Purificación, Miguel, Pedro, José Antonio, José Luís, Antonio, Presentación, Mari Carmen, Irene, María Teresa, Enrique y María Mercedes Hernández Rex. Su suegro le ayuda de manera estratégica a iniciar su carrera empresarial. Poco más tarde traslada el negocio a la Calle Murcia, donde instala un molino pimentonero y se erige en personaje clave de la semilla empresarial del futuro grupo conservero, posibilitando al primogénito la sucesiva cofundación de otras muchas empresas como la Cerámica de Molina, Plastimol, Enmusa o Carmosa.

A principios del año 1960, el promotor de la casa torre transmitiría la titularidad del inmueble a su hermano José Antonio, conocido por el Nene de la Molinera, cuarto hijo del enlace entre Miguel Hernández Pérez, el Porrique y Purificación Pérez, la Molinera, el cual asiste en esa casa al nacimiento de su hijo menor Antonio en el mes de septiembre. Su esposa es Juana Yagües, la Picha, a la que conoce cuando ella estaba liando caramelos en la industria de su propiedad. Sus otros tres descendientes; Miguel, Purificación y Adoración Hernández Yagües, habían nacido en la vivienda anterior que José Antonio tenía albergada dentro de la fábrica de Molina, dando también a la antigua calle Ebro, ahora Ibn Arabí.

Ambas casas estaban compuestas de sótano bajo rasante, planta baja y un altillo sin acceso a modo de torre de planta cuadrangular, para dar luz a través de una docena de pequeñas ventanas. La puerta principal tenía un tejadillo para su resguardo, y a ambos lados dos ventanales con rejería. Durante años, este chalé estuvo conviviendo con el resto de construcciones de la zona como el último de su especie. La vivienda del hermano José Antonio fue la última de las dos en demolerse para edificar bloque de pisos, sucumbiendo finalmente a la oleada inmobiliaria del año 2000. En el imaginario popular, es una de las construcciones que más sensiblemente se comenta su pérdida, por la belleza de su estética y su inmejorable situación.

### **Chalet de Vicente Hernández Pérez de la Molinera**

El chalé de la derecha, junto a la rampa de acceso a la ahora Plaza de Adolfo Suárez, antes del Pensionista y antes aún del Mercado, lo manda edificar el industrial Vicente Hernández Pérez, heredero menor de la saga Hernández Pérez, situándolo a escasos metros de la factoría conservera principal, la de la calle Pensionista, de 30.000 m<sup>2</sup> construidos. La cercanía al trabajo era evidente y muy cómoda (Figura 9).

Los tejados eran a cuatro aguas, con planta cuadrada, retranqueo a linderos y un gran patio trasero con piscina. Delante, se establecía un pequeño porche que protegía la entrada principal, y en el caso de ésta y a ambos lados, seis ventanales,

cubierto todo de pequeños tejados a tres aguas. En su interior se observaba un pórtico de entrada en escayola inspirado en motivos arabescos. La parcela se cerraba con verjas sujetas con postes de obra a media altura.



Figura 9. Chalé de la Molinera en Paseo Rosales.  
Fuente, Pura Hernández Pérez.

### **Otras edificaciones similares**

Algunos otros edificios del municipio podrían considerarse, en cierta forma, casas torre murcianas, aunque no reúnan todas las características que le son propias. Algunos de ellos ya han desaparecido, al calor de las sucesivas olas de renovación urbanística sufridas en la segunda mitad del siglo XX, y habida cuenta de la desprotección patrimonial que padecieron. Es el caso de la archiconocida Casa Compañía, situada en el actual Parque de la Compañía, segunda edificación más conocida de Molina de Segura tras el castillo árabe que existió en la villa.

Se trata la propiedad de una gran finca que el Colegio de Jesuitas de San Esteban de Murcia ostentaba en el municipio del Segura, que consta con tierras registradas ya en el año 1590, amén de sucesivas donaciones a la orden. En las entonces afueras de la villa, los jesuitas se van haciendo con gran cantidad de huertos que obligan a instaurar una casa agropecuaria para su administración. La hacienda llega a albergar más de un millar de tahúllas de riego y secano, y se van añadiendo servicios inherentes a las labores agrícolas, como almazara, bodega, tenada, fábrica de pimentón, cuadras, fábrica de harinas y otros, que dibujan ya en el siglo XVII un punto referente en la comarca, no sólo para la vida económica, sino también para la social y cultural.

Tal es la fuerza y el poder que los jesuitas ejercen, que llegan a solicitar la construcción de la segunda acequia molinense, tras la creada por el Rey Lobo a mediados del siglo X, la Acequia Mayor de Molina, una de las primeras del Segura. Esta petición busca la ampliación de los regadíos propios, y finalmente consiguen su aceptación, procediendo a mediados del siglo XVIII a diseñar y trazar la Acequia



Subirana, que hoy se halla casi totalmente cubierta por el casco urbano de la ciudad, cruzando su mismo centro. En ella instalan la Noria de la Compañía, para regar por elevación sus propiedades al otro lado del Carril de Castilla, hoy Punta del Lugar. En 1767, y a causa de una de las tantas desamortizaciones españolas, la propiedad es incautada y vendida su mayor lote a dos hermanos de la aristocracia vasca, los hermanos Francisco y Fernando de Zabálburu, cuya descendencia la mantendría en su poder hasta los años 70 del siglo XX.

El edificio principal de la hacienda, al que se le fueron añadiendo con los años diversos cuerpos constructivos, se localizaba mirando a levante a escasos 70 metros de la carretera antigua de Madrid, conteniendo dos alturas. Con cubierta a dos aguas, a este y oeste, albergó en la planta baja de su fachada, dos puertas de entrada y 6 ventanales, completando la superior otros 8 grandes ventanales y en su centro un escudo heráldico de armas en arenisca que todavía hoy se conserva, de titularidad municipal. En los primeros años de la democracia, la corporación municipal se hizo con el reducto de la finca de los Conde de Heredia Spínola, o Casa Zabálburu, todavía dotado de gran cantidad de arboleda y vegetación, para fundar lo que luego se convertiría en el gran pulmón verde urbano de la ciudad de Molina. Finalmente se decide, con muy mal acierto, derribar el edificio principal, justo unos años antes de la aprobación de las leyes nacionales de protección del patrimonio cultural. Otra sangría monumental en el municipio, nunca mejor dicho. No es más que la repetitiva historia de una población en desbordante crecimiento demográfico y urbanístico, donde lo antiguo es sinónimo de pasado y pobreza, y lo moderno, de poder y pujanza.

Existen otros edificios peculiares dentro del término municipal, como la antigua casona de Don Andrés Hernández Guirao, conocido abogado del siglo XX, que se levanta frente a la Iglesia de la Asunción. Dotada de tres alturas y lindante a tres calles, entre ellas las plazas de la Iglesia y de Cristo Rey, se erige gran construcción sobre un solar que ronda los 1.000 m<sup>2</sup>. Cinco son las aberturas de diferentes medidas que registra en su fachada dentro de la planta baja, otras siete en la primera y seis más una terraza en la última, a modo de cámara. Subsiste una hornacina religiosa a modo de las múltiples repartidas por toda la villa, aparte de balconadas, rejería de forja y portones de madera. En la actualidad alberga un restaurante con gran patio interior e interesantes salas costumbristas de comedor y cocina en la planta baja.

En la pedanía de Llano de Molina es donde más han proliferado los casones huertanos, con dos claros ejemplos y varias reproducciones actuales. Entre la Acequia Mayor de Molina y el camino de la Huerta de Abajo, se encuentra un antiguo caserío de unos 400 m<sup>2</sup> de superficie de solar, en medio de una tradicional huerta árabe, regada por el Río Segura, dentro de lo que se conoce como Huerto de Doña Amalia Constituida por varios cuerpos enfocados a los cuatro vientos, este cortijo es actualmente de varios dueños que la comparten, habiendo sido dividida verticalmente. En tres alturas se suceden las habitaciones y cuartos, con ventanales en sus fachadas.



Otro claro ejemplo de cortijo huertano es el que se puede observar en la zona de Las Balsas de la misma pedanía, entre la carretera de acceso desde Molina y a escasa distancia de ésta, y la Acequia Subirana. Está formado por tres alturas y con sendas fachadas dando a poniente y mediodía. De construcción muy sencilla, se advierte una cámara en la segunda planta, y una tercera planta de escaso perímetro, donde existe una especie de casetón de escaleras con cubierta a una sola agua, tipo semi barraca huertana. En la zona del campo municipal, existe el Cortijo Don Fernando en la finca del mismo nombre de Campotéjar Baja, centro de una extensa vasta de agricultura arbórea extensiva, situada a 600 metros al norte del Trasvase Tajo Segura. Y también la cortijada de Los Pérez en Campotéjar Alta, dentro de la antigua base aérea republicana de Campotéjar, igualmente a orillas del trasvase hídrico manchego. Ambos edificios son de dos alturas, dejando cámaras superiores para la guarda y custodia de los productos y cosechas agrícolas.

Otras viviendas se han levantado en los últimos años con inspiraciones tradicionales claramente huertanas, con vistosas y coloridas fachadas que remarcan el uso agrario y residencial de las edificaciones. Buenos ejemplos son las de las calles Campo y Levante, ambas en Llano de Molina.

## Referencias

- Archivo Municipal de Molina de Segura, (...). Signatura 27 AH, LIBRO 2.
- Arnaldos Pérez, M. (...). *Fuentes documentales para la historia de Molina*. Biblioteca del Molinense
- Arnaldos Pérez, M. (...). *Conoce tu tierra*. Biblioteca del Molinense.
- Beltrán Corbalán, D. (1997). *Molina de Segura repertorio heráldico*. Consejería de cultura y Educación de la Región de Murcia.
- Boletín Oficial del Obispado de Astorga (1945). *Pastoral restauración cristiana de la familia*, BOOA.
- Boletín Oficial del Obispado de Astorga (1946). *Pastoral restauración cristiana del orden social*. BOOA.
- Boletín Oficial del Obispado de Astorga (1947). *Pastoral restauración cristiana de la enseñanza*. BOOA.
- Boletín Oficial del Obispado de Astorga (1949). *Pastoral restauración cristiana del orden político*. BOOA.
- Boletín Oficial del Obispado de Astorga (1953). *Pastoral restauración cristiana de la cultura*. BOOA.
- Boletín Oficial del Obispado de Astorga (1956). *Ecclesia*, 606, BOOA.
- De Echevarría, L. (1986). *Episcopologio español contemporáneo (1968-1985)*, 102, Ediciones de la Universidad.
- De los Reyes García, A. (...) *Alcaldes y efemerides molinenses*.

Pastor Palazón, S. (2004). *Molina de Segura, dinamismo y vanguardia*. Ayuntamiento de Molina de Segura.

Pontificio Colegio Español (1992). *Catálogo del centenario (1892-1992)*, 159. Artes Gráficas Benzal.

Sabater Rex, C. (2009). *La Casa del Canónigo*. Ayuntamiento de Molina de Segura.

[Elena Ángela Oliva Palazón, testimonio].